

Tiempos cortos y largos en el movimiento poblacional

Vicente Espinoza

SUR, Centro de Estudios Sociales y Educación

Mi presentación es una reflexión sobre los movimientos sociales en el siglo veinte. A riesgo de ser esquemático y parco en la anécdota, quiero lanzar algunas hipótesis respecto de la relación entre tiempos cortos y tiempos largos en el análisis de los movimientos sociales. La referencia empírica de esta reflexión es mi investigación respecto al conflicto urbano en torno a la producción de vivienda (Espinoza 1988).

El análisis de los movimientos sociales en general y, en particular, de la producción de espacio urbano y vivienda por los trabajadores se plantea el siguiente problema: los movimientos sólo parecen existir en los casos donde hay conflicto, en especial si éste alcanza algún nivel de centralidad política. El tiempo de este conflicto es el breve momento de la coyuntura. En un conocido trabajo, el antropólogo brasileño Carlos Ferreira (1981) nos había advertido que las "fases del drama social" evolucionan de la ruptura, a la crisis y la reintegración. Esta visión del conflicto plantea una pregunta doble: ¿de dónde surgen los movimientos sociales y qué huellas deja su accionar?

Una respuesta que no responde nada consiste en decir que los movimientos tienen períodos de "flujo y reflujo", como es común en la jerga política

contestataria. Ello equivale a decir que no sabemos ni de dónde vienen ni hacia dónde van los movimientos sociales. Esta respuesta elemental no hace más que constatar inadvertidamente cuál es el problema que tiene enfrente.

La respuesta más directa al problema anterior es que no existiría continuidad alguna en el movimiento urbano. Es fácil constatar que los conflictos urbanos aparecen distanciados en el tiempo y en contextos diversos. La organización de los pobladores no ofrece una buena guía, como ocurre en el caso del sindicalismo. Las organizaciones de los pobladores pocas veces superan su sello local y no se advierte continuidad de estrategias en sus expresiones nacionales. Desde el punto de vista de las formas de acción, tampoco puede advertirse continuidad. Durante el siglo veinte, los pobladores han recurrido a formas de lucha tan variadas como la revuelta, la negociación directa con los propietarios de vivienda, el conflicto institucional, el *lobby*, el clientelismo, la movilización comunitaria, o la búsqueda de participación política. Mirados desde este punto de vista, parecen movimientos distintos. Tampoco los contenidos de las movilizaciones entregan un apoyo sólido para hablar de un movimiento social urbano. Los moti-

vos de los conflictos fueron el precio de los alimentos, la carencia de capacidad de pago, la regulación de las condiciones de uso de las viviendas, la normalización en las ocupaciones de terreno, entre otros.

La acción de los pobladores, como es distancia-da en el tiempo, sin una organización que le otorgue continuidad estratégica, sin formas de acción características, con demandas de la índole más variada, parece una serie de conflictos discontinuos. La percepción de los pobladores como movimiento social no pasaría de ser una ilusión óptica, por la centralidad que le otorga la permeabilidad de las condiciones políticas.

A pesar de que puede argumentarse consistentemente que los pobladores jamás habrían existido como movimiento social, quiero explorar los elementos comunes que manifiestan estos conflictos. En primer lugar, se trata de conflictos económicos fuera de la esfera de la producción, vale decir, ligados a la reproducción social. Un segundo elemento en común es la permanente referencia a la institucionalidad política en la búsqueda de integración social. Finalmente, ligado a lo anterior, la búsqueda permanente de interlocución con el sector público.

Los tres elementos anteriores permiten generalizar desde conflictos urbanos en torno a la vivienda hacia el tiempo largo de estos conflictos. Hipotéticamente, puede plantearse que estos conflictos forman parte de dos procesos: primero, de un ciclo largo de urbanización; y segundo, la búsqueda de integración por parte de los excluidos. La ciudad de Santiago creció de forma notoria en el siglo veinte, de unos trescientos mil habitantes a principios de siglo, a cerca de un millón y medio en 1950 y a más de cuatro millones hoy día. Pero los conflictos urbanos representan más que reacciones naturales en un proceso de urbanización rápida y desapareja. Los conflictos urbanos plantean un movimiento de búsqueda de integración social por parte de los grupos populares.

El ciclo de los conflictos urbanos comienza con la huelga portuaria de Valparaíso en 1903 o, si se prefiere, con la semana roja de 1905 en Santiago, y termina a mediados de los años ochenta con las protestas poblacionales. En este momento, las

erradicaciones de pobladores señalan su pérdida de control sobre la producción de ciudad y las protestas manifiestan su reacción desesperada frente a una sociedad que niega su ciudadanía. Revisemos brevemente los hitos de este ciclo.

La semana roja o las huelgas de Valparaíso en 1903 son una demanda por mejores condiciones de vida que hacen los trabajadores fuera del marco de las relaciones laborales. Las clases dominantes, luego de la represión, respondieron con leyes de vivienda con las que esperaban producir integración social. Estos trabajadores que protestan en las calles de la ciudad de principios de siglo no hacen más que buscar interlocución. La revuelta por la que es conocida la semana roja es resultado directo de la imposibilidad de entregar un petitorio al Presidente de la República.

La movilización por la búsqueda de interlocución directa tiene un punto de quiebre en la década del veinte. Las tesis organicistas de los comunistas terminan por imponerse sobre las tesis movimientistas de los anarquistas. El autoritarismo organizacional de la FOCH y de los comunistas se adapta perfectamente a la forma que comienza a tomar el Estado chileno en esa época: *el Estado de Compromiso*. El sindicalismo adquiere en esta época la hegemonía sobre el conjunto de las movilizaciones populares, relegando los conflictos urbanos al campo de la vivienda.

En las décadas del treinta y cuarenta, la pequeña propiedad urbana—las poblaciones—se afianza como el modelo cultural de acceso a la vivienda, por oposición al arriendo, que había sido la forma típica en las décadas anteriores. De hecho, desde la década del cuarenta, y sobre todo en los cincuenta, se establecen mecanismos regulares de acceso a la tierra, por la vía de la compra a plazo, la ocupación irregular, y aun el arriendo, como primer paso para conseguir la vivienda. La producción de vivienda pública masifica este proceso donde se constituyen las "poblaciones" de Santiago, comunidades donde transcurre la vida diaria de los trabajadores.

Durante la década del sesenta y hasta 1973, puede encontrarse el punto culminante de este proceso donde se mezclan el acceso a la vivienda con las demandas por integración social. Los go-

biernos de esos días consolidan el rol del sector público en la producción de vivienda, pero también establecen mecanismos de promoción o participación popular. (Como anota Castells [1973], ambos procesos son iguales, pero de sensibilidades distintas.) Tanto la Ley de Juntas de Vecinos como la institucionalización de las tomas de terreno marcan la entrada de los pobladores, finalmente después de sesenta años, en el campo de la negociación institucional como un interlocutor reconocido.

Bajo la dictadura, los pobladores tratan de reeditar el modelo de acción al cual arribaron en la década del sesenta, y que condensaba su experiencia durante el siglo veinte (Dubet et al. 1989). No obstante, los pobladores enfrentaban el fin de la movilidad social ascendente con el apoyo de un Estado receptivo a sus demandas, porque ese Estado ya no necesitaba cooptar el apoyo de los pobladores para afianzar su dominio. Los pobladores se encontraron con la clausura del modelo de Estado nacional popular que, dentro de un proyecto de modernización, había buscado el apoyo de los sectores populares contra los antiguos grupos oligárquicos.

A mediados de los ochenta se cierra el ciclo de la integración institucional que se había iniciado a comienzos del siglo. A pesar de todos sus intentos, recurriendo al repertorio de acción acumulado en décadas, los pobladores no lograron abrir campo a su participación. La óptica de participación institucional se convirtió en patrimonio de los más viejos, mientras que los jóvenes se aventuraban por otras avenidas.

Las protestas democráticas de los pobladores a mediados de los ochenta reúnen elementos de la onda larga de integración (en cuanto resistencia), y de una nueva onda corta de disidencia que parece comenzar en esos momentos. De una parte, las protestas expresan el reclamo del poblador ante un sistema que no escucha sus demandas como ellos esperan. El repertorio del sindicalismo urbano aporta a las protestas mítines con oradores, búsqueda de interlocución, tomas de terreno, acciones masculinas y serias. De otro lado, la acción salvaje de quienes ya no creen posible que haya tal cosa como un sistema que pueda abrirse a sus deman-

das. Los jóvenes, hombres y mujeres, introducen elementos festivos e inorgánicos en las protestas: la fogata como punto de reunión, el bloqueo, las barricadas, los peajes, y una cierta propensión a la violencia de masas.

El repertorio de acciones en las protestas no está compuesto por elementos ajenos a la vida diaria de los pobladores. Los componentes nuevos del repertorio de acción poblacional provienen de la sociabilidad de la "sobrepoblación relativa", de los jóvenes desempleados de la esquina y sus estrategias de sobrevivencia. Estos son elementos de una "onda corta" que pueden ensamblarse con ondas largas. Paradójicamente, estas mismas acciones del tiempo corto que aparecieron en las protestas también se presentan en las acciones de algunas hinchadas de fútbol.

Las protestas poblacionales combinan en una misma acción elementos de resistencia y de disidencia. La resistencia al Estado autoritario y a la penetración del mercado están emparentadas con la onda larga de la integración. Son ciudadanos despojados de sus derechos que se enfrentan a un Estado que los niega. Son los pobres de la ciudad a quienes el libre mercado y la competencia sólo pueden ofrecerles más pobreza. Es la comunidad que se defiende de su desintegración por un Estado autoritario y una economía que no los protege. (De aquí que el mensaje comunitario de la Iglesia Católica haya aparecido entre los pobladores como el fundamento ético de las protestas).

Las protestas también son disidencia, en la medida en que las moléculas sociales puestas en movimiento expresan otros principios de identidad, buscan propuestas y plantean aun modelos de sociedad. Los elementos de disidencia hacen aparecer cuestiones como el género, cuestionan el consumo como orientación cultural, valoran el ocio y la diversidad, son críticos del autoritarismo. Si bien en las protestas estos elementos aparecen subordinados a la resistencia comunitaria, no puede desconocerse que estuvieron allí. Ellos parecen pertenecer a una onda (corta) disidente, pues tales moléculas no son fácilmente integrables en la lógica de la onda larga. (¿O acaso no despierta resistencias el liderazgo femenino en las organizaciones más convencionales de los pobladores?).

¿Hasta dónde las acciones del tiempo corto preludian un ciclo largo? ¿Hasta dónde la disidencia puede predominar sobre la resistencia? Por el momento sólo puedo especular. Antes que nada, debe considerarse si la desregulación de las relaciones laborales, con sus consecuencias de inestabilidad ocupacional, desprotección, ausencia de carrera, etc., son rasgos estructurales del modelo de desarrollo (Díaz 1991). En la medida en que ello es así, las prácticas sociales de la sobrepoblación relativa —estrategias de sobrevivencia que vinculan la producción y la reproducción— se convierten en parte de la vida diaria de los trabajadores. La descentralización de las políticas sociales del sector público apunta también hacia los espacios de reproducción social. El rol social del sector público ya no consiste en regular las relaciones laborales, como lo hiciera el Estado nacional popular, sino que las políticas sociales están destinadas a garantizar la reproducción adecuada de la fuerza de trabajo. Tanto desde el punto de vista de las relaciones laborales como desde el punto de vista del Estado, parece haber una cercanía mayor entre el mundo del trabajo y los territorios de la vida privada.

Mi disquisición sobre un tiempo corto y un tiempo largo puede ser metafísica, porque yo supongo que los conflictos expresan un movimiento. De la forma como encaré esta presentación, los movimientos sociales son verdaderos por las premisas de mi reflexión. Si quisiera contrastar empíricamente, como problemas de investigación, los planteamientos anteriores, la cuestión consiste en establecer las relaciones orgánicas entre ondas cortas y ondas largas. Si hay relaciones de continuidad entre el conflicto y el movimiento histórico, la investigación debe poder establecer cuáles son y cómo operan estos vínculos. Sin ánimo de establecer una agenda de investigación, quiero destacar tres vínculos, claves a mi entender.

La dimensión organizacional o estratégica es el primer vínculo empírico entre el conflicto y el tiempo largo. Los dirigentes operan como memoria del movimiento; a través de ellos, que recuerdan y establecen pautas de acción colectiva, puede reproducirse un repertorio coherente de acciones (Espinoza 1992). La presencia del dirigente explica

la evidente acumulación de acciones en un repertorio al cual los pobladores recurren cuando ello resulta necesario.

En un reciente opúsculo, Gonzalo Cáceres (1993) abre una interesante línea de investigación respecto del rol de la dirigencia en la acción poblacional. Aquí presenta, por ejemplo, el impacto que tiene la Agrupación Provincial de Pobladores creada en 1951, sobre las ocupaciones de terreno que ocurren hasta la década de 1960 (Cáceres 1993). Si bien la organización existía sólo formalmente, los "cuadros fogueados" en la Agrupación estuvieron a la cabeza de las acciones. Son los dirigentes antes que las organizaciones quienes dan continuidad al movimiento; las organizaciones son inestables y rara vez se perpetúan como tales. Las biografías de dirigentes, sus trayectorias organizacionales, constituyen una línea de investigación prioritaria para establecer soluciones de continuidad entre el conflicto y los ciclos largos.

La estructura del tejido social es un segundo elemento que permite establecer relaciones entre ciclos largos y cortos. Aunque los dirigentes representan un principio crucial de continuidad, la precariedad de sus organizaciones muestra que ellos no lo explican todo. Los dirigentes entienden sólo parcialmente la realidad de sus bases más allá de los fines específicos de la organización. De aquí que muchas veces resulte inexplicable para los dirigentes por qué sólo en algunos casos sus acciones resultan exitosas.

Los dirigentes, por así decirlo, operan sin una teoría de la estructura social sobre la cual buscan establecer una trama de tejido asociativo. Puedo plantear la siguiente hipótesis: una condición clave de las acciones más exitosas ocurre cuando las asociaciones, generalmente operando sobre la base del interés, se enlazan con las redes sociales de los pobladores que operan habitualmente sobre bases comunitarias. El dirigente más eficiente es aquel capaz de entretrejer relaciones asociativas entre moléculas separadas en la estructura social. (Este tipo de movilización de recursos caracteriza la gestión de operaciones descentralizadas en otros ámbitos.)

¿Cuáles son las características de la estructura social en las poblaciones? El impacto desinte-

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

grador del mercado y del Estado autoritario sobre la vida comunitaria en las poblaciones encontró su punto de resistencia más fuerte en la familia. En la vida diaria de las poblaciones encontramos que las familias han establecido federaciones de familias nucleares, no necesariamente basadas en el parentesco, sino más bien en relaciones de vecindad (Espinoza 1992). En estas agrupaciones circulan diversos tipos de recursos: habitacionales, información de trabajo, alimento, dinero, servicios personales, y otros que contribuyen a las funciones materiales de las familias. Las federaciones familiares operan también como espacio de socialización, pero la investigación sobre este punto es un aspecto pendiente en los estudios sobre la vida social en las poblaciones.

Los pasajes de las poblaciones son el territorio más típico de estas federaciones familiares. Entre las 25 a 32 familias que generalmente componen un pasaje pueden encontrarse varias redes, que agrupan entre tres y seis familias nucleares, y que rara vez comparten sus miembros. (Algunas organizaciones formales con pocos miembros son una expresión de estas redes en otro estado.) Los intercambios entre los miembros de una de estas redes son muy frecuentes y los lazos personales muy fuertes. Paradójicamente, una consecuencia de lo anterior es la fragmentación de la comunidad, por cuanto los lazos fuertes tienden a reducir los contactos externos (Lin 1982). Así, la referencia comunitaria queda reducida a círculos cerrados, que en gran medida forman parte de la vida privada.

El tercer elemento que vincula ondas cortas y ondas largas es el proceso de construcción de identidades colectivas. Mi visión respecto de este punto es pesimista. Difícilmente puede emerger una personalidad colectiva de los pequeños círculos en los cuales transcurre la vida del poblador. Los mundos privados pervierten la fraternidad al prevenir la experiencia de la diversidad en la vida social (Sennet 1977). Tampoco los pobladores constituyen hoy una categoría social para otros que los defina como grupo "desde afuera". Las referencias simbólicas de identidad colectiva quedan así reducidas a la vida privada o a los elementos ramplones que proponen los medios de comunicación de masas.

- Cáceres, Gonzalo
1993 "Movimiento de pobladores de Santiago 1930-1990". *Fascículos Educativos* 11. Santiago: CIDE
- Castells, Manuel
1973 "Movimiento de pobladores y lucha de clases". *EURE* (Santiago) 7.
- Díaz, Alvaro
1991 "Nuevas tendencias en la estructura social chilena. Asalarización informal y pobreza en los ochenta". *Proposiciones* 20:88-119. Santiago: Ediciones SUR.
- Dubet, François; Eugenio Tironi, Vicente Espinoza & Eduardo Valenzuela
1989 *Pobladores: Luittes sociales et démocratie au Chili*. Paris: L'Harmattan.
- Espinoza, Vicente
1988 *Para una historia de los pobres de la ciudad*. Santiago: Ediciones SUR, Colección Estudios Históricos.
1992 "Networks of informal economy: work and community among Santiago's urban poor". *Ph.D. Thesis*. Department of Sociology, University of Toronto.
- Ferreira, Carlos
1981 *Movimentos urbanos no Rio de Janeiro*. Rio de Janeiro: Zahar Editores.
- Lin, Nan
1982 "Social resources and instrumental action." In *Social structure and network analysis*. Edited by Nan Lin and Peter V. Marsden. California: Sage Publications.
- Sennet, Richard
1977 *The fall of the public man*.